

Capítulo 1

La mayoría de la gente no se toma en serio el trabajo de las animadoras en los eventos deportivos. Si sólo supieran...

Una chica americana tradicional, ésa soy yo. Si miráis en las páginas de mis anuarios escolares de tiempos del instituto, veréis una chica de pelo largo y rubio, bronceada y con una sonrisa generosa que deja ver su blanca y perfecta dentadura, resultado de los miles de dólares gastados en aparatos y de la aplicación de enjuagues de flúor. De los dientes, claro está, no del pelo ni de la piel. Por entonces, yo poseía esa seguridad adquirida sin mayor esfuerzo, propia de la princesa adolescente de clase media alta en Estados Unidos. Nada malo podía ocurrirme. Al fin y al cabo, era animadora.

Lo reconozco. En realidad, me siento orgullosa de ello. Mucha gente cree que las animadoras son chicas superficiales y presumidas, pero es que esa gente nunca ha sido animadora. Les perdono su ignorancia. El trabajo de animadora es duro, y exige una mezcla de fuerza y destreza. Además, es un trabajo peligroso. A menudo sucede que alguien resulta herida, y hasta ha habido fallecimientos, entre las animadoras. Suelen ser las chicas las que resultan heridas. Los chicos son los que nos lanzan al aire, las chicas son las lanzadas. Técnicamente, nos llaman «voladoras», lo cual es

bastante absurdo porque, evidentemente, no podemos volar. No, a nosotras nos *lanzan* al aire. Las lanzadas son las que acaban cayendo al suelo de cabeza y rompiéndose las vértebras del cuello.

Yo nunca me rompí el cuello, pero sí el brazo izquierdo y la clavícula. Y, en una ocasión, me disloqué la rodilla derecha. No podría ni contar las torceduras y magulladuras. Pero poseo un agudo equilibrio, piernas fuertes, y todavía puedo dar volteretas hacia atrás y hacer *splits* laterales. Además, estudié en la universidad gracias a una beca para animadoras. Ya me diréis si este país no es una pasada.

En fin, en cualquier caso, me llamo Blair Mallory. Ya lo sé, es como un nombre de peluche. Va todo junto con lo de ser animadora y con el pelo rubio. Pero no hay nada que yo pueda hacer, es el nombre que me pusieron mis padres. Mi padre se llama Blair, de modo que supongo que me alegro de que no me hayan puesto el nombre entero, con un *Junior* al final. No creo que hubiera salido elegida Reina de la fiesta de los Ex Alumnos si me hubieran puesto Blair Henry Mallory Jr. Me doy por satisfecha con Blair Elizabeth, gracias. Quiero decir, la gente del espectáculo ha empezado a ponerle a sus hijos nombres como *Homer*. Madre mía. Cuando esos hijos crezcan y maten a sus padres, creo que sus casos se deberían fallar como homicidio justificado.

Lo cual trae a colación lo del asesinato del que fui testigo.

En realidad, no lo trae a colación, pero al menos parece un paso lógico, quiero decir, la asociación.

A las grandes princesas animadoras de Estados Unidos también les suceden cosas malas. Al fin y al cabo, me casé, ¿no?

Eso también se presta a una asociación con lo del asesinato. Me casé con Jason Carson justo después de acabar la facultad, de modo que durante cuatro años mi nombre fue Blair Carson. Debería haber sabido que una no se casa con un hombre cuyo nombre y apellido riman, pero hay cosas que no se aprenden más que con la experiencia. Jason era un hombre metido de lleno en la política. Miembro del consejo de alumnos, activo en la campaña de

su padre para un escaño en el Congreso, y en la de su tío, el alcalde, bla, bla, bla. Jason era tan atractivo que literalmente hacía tartamudear a las chicas. Es una lástima que lo supiera. Tenía un pelo espeso, besado por el sol (*rubio*, en lenguaje poético), unas facciones que parecían cinceladas, ojos azul marino, y se conservaba en una forma excelente. Pensemos en John Kennedy Jr., quiero decir, en el cuerpo.

Y ahí estábamos: la pareja del cartel publicitario para un cabello rubio y unos dientes blancos. Yo misma tenía una figura que no estaba nada mal, si se me permite decirlo. ¿Qué otra cosa podíamos hacer sino casarnos?

Cuatro años después nos separamos, y aquello fue un gran alivio para los dos. Al fin y al cabo, no teníamos nada en común, excepto nuestro atractivo, y no creo que eso sea una base razonable para casarse, ¿no os parece? Jason quería tener un bebé para que nos convirtiéramos en la gran familia americana y poder lanzar su campaña como el congresista más joven del estado. Esto, en realidad, si queréis saber la verdad, me irritó mucho, pero mucho, porque antes se había negado a tener un bebé, y ahora, de pronto, el bebé se convertía en una posible baza para su campaña. Le dije «bésame el culo». No es que no me lo hubiera besado en alguna ocasión, pero el contexto era muy diferente, ¿me entendéis?

Me porté como un asaltante de caminos cuando tuvimos que pactar el acuerdo de divorcio. Quizá debería sentir culpa. Quiero decir, no es una manera de actuar muy feminista. Levántate por tus propios medios, lucha por tus propios logros, y ese tipo de cosas. La verdad es que creo en todas esas cosas. Sólo quería hacer sufrir a Jason. Quería castigarlo. ¿Por qué? Porque lo sorprendí besando a mi hermana menor, Jennifer, el día de Año Nuevo, mientras el resto de la familia descansaba apoltronada en el estudio mirando un partido de la liga de fútbol. Jenni tenía entonces diecisiete años.

Pues, ponerme furiosa no me hace más lerda. Cuando los vi en el comedor, me fui de puntillas a buscar una de esas cámaras de usar y tirar que ese día habíamos comprado para inmortalizar la

ocasión y añadir fotos al álbum de campaña de Jason, con la familia reunida, celebrando una fiesta, atiborrándose alrededor de una mesa llena de cosas ricas y fatales para el colesterol, mirando un partido de la liga. A él le gustaba tener fotos de esas reuniones familiares, porque mi familia es mucho más guapa que la suya. Si se trataba de su campaña, Jason era capaz de echar mano de lo que fuera con tal de obtener una ventaja.

En fin, tomé una muy buena foto de Jason y Jenni, con flash y todo, de modo que él sabía que yo tenía la sartén por el mango. ¿Qué iba a hacer, perseguirme, hacerme un placaje delante de mi padre y quitarme la cámara a la fuerza? No era nada probable. Para empezar, tendría que dar explicaciones, y sabía que no contaría conmigo para apoyar su versión de los hechos. Y luego, mi padre le hubiera dado de patadas por atreverse a tocarle un pelo a la niña de sus ojos. ¿No os había dicho que soy la niña de los ojos de mi padre?

De modo que presenté una demanda de divorcio y Jason me dio todo lo que quise, con una condición: que le devolviera la foto y el negativo de él y Jenni. Sí, claro, ¿por qué no? Nadie pensará que fue la única copia que mandé hacer.

Puede que Jason pensara que yo era demasiado tonta como para hacer algo así. Nunca sale a cuenta subestimar lo bajo que puede ser tu adversario. Por eso pienso que a él nunca le irá bien en política.

También le conté a mi madre que Jenni había dejado que Jason la besara. Nadie se habrá pensado que iba a dejar a esa fresca traidora salirse con la suya, ¿no? No es que no quiera a Jenni. Lo que pasa es que ella es la pequeña de la casa y cree que puede conseguir cualquier cosa y todo lo que le venga en gana. De vez en cuando, hay que demostrarle que eso no es posible. También me he dado cuenta de que *su* nombre sí que rima: Jenni Mallory. Su verdadero nombre es Jennifer, pero nunca la han llamado así, de modo que no cuenta. No sé qué es lo que tengo con los nombres que riman, pero para mí son como un pájaro de mal agüero. La

diferencia está en que a Jenni la perdoné, porque es de la familia. En cuanto a Jason, no tenía ni la más puñetera intención de perdonarlo.

Así que Mamá se encargó de Jenni, que pidió perdón entre sollozos y prometió ser una buena chica, o al menos demostrar que tenía más tacto. Mi hermana Siana, que estudiaba Derecho, se encargó de las negociaciones con Jason. El nombre «Siana» es, supuestamente, la versión galesa de «Jane», pero créanme, Siana significa «devoradora de hombres, escualo con hoyuelos». Eso es Siana.

Con las mujeres Mallory en acción, el divorcio salió en tiempo récord sin que Papá supiera jamás por qué todas estábamos tan enfadadas con Jason. Tampoco le importaba tanto. Si nosotras estábamos enfadadas, pues él también lo estaría. ¿No os parece de lo más tierno de su parte?

Lo que conseguí de Jason a través del acuerdo de divorcio fue una gran tajada de efectivo. Gracias. También me quedé con el Mercedes rojo descapotable, desde luego, pero lo más importante fue el dinero y lo que hice con él. Compré un gimnasio, un *fitness center*. Al fin y al cabo, una progresá según sus capacidades, y yo sé todo lo que hay que saber acerca de cómo mantenerse en forma. Siana sugirió que lo llamara «Blair's Beautiful Butts,*» pero pensé que eso limitaría la clientela y podría dar a la gente la impresión de que también hacía liposucciones. Mamá se inventó «Cuerpos Colosales», y a todas nos gustó, así que ése fue el nombre con que acabó el antiguo gimnasio de Halloran.

Me gasté una buena pasta en la remodelación y en equipamiento, pero cuando acabé, el local prácticamente gritaba a los cuatro vientos su categoría de «primera clase». Los espejos eran biselados, los equipos eran los mejores del mercado. Mandé rehacer completamente los baños, los vestuarios y las duchas. Añadí dos saunas y una piscina, además de una sala privada para masajes. Los miembros de «Cuerpos Colosales» podían escoger entre yoga,

* «Las bellas nalgas de Blair». (N. del T.)

aerobic, *tae bo* o *tae-kwondo*. Si con yoga no te relajabas, podías practicar *kick ass* sin salir del local. También insistí en que todo el personal supiera hacer reanimación cardiorrespiratoria, porque nunca se sabe en qué momento un ejecutivo con una forma lamentable y el colesterol por las nubes se pondría a levantar pesas con la intención de recuperar su cuerpo de adolescente de la noche a la mañana y así impresionar a su nueva secretaria, y ya la hemos liado. Un paro cardíaco a la carta. Además, era algo que, desde el punto de vista de la publicidad, impresionaba.

Todo el dinero y el entrenamiento en reanimación cardiorrespiratoria valieron la pena. Al cabo de un mes de la inauguración, Cuerpos Colosales iba a todo dar. Ofrecía tarifas de un mes o un año, con un descuento si la opción era un año, claro está. No era mala idea, porque la gente se engancha y la mayoría viene a disfrutar de las instalaciones porque no quiere tirar el dinero. Los coches en el aparcamiento del local se perciben como señal de éxito y, bueno, ya sabemos lo que se dice a propósito de la percepción. En cualquier caso, el éxito se reproduce como los conejos. Yo estaba fascinada hasta los mismísimos calentadores de piernas (que algunos que no están en el rollo consideran pasados de moda, aunque esa gente, francamente, no tiene ni idea de cómo embellecer un par de piernas). Los tacones altos es lo que da el toque más sofisticado, pero los calentadores de piernas le siguen en la lista. Yo llevo ambos. No al mismo tiempo. Pooor favooor.

Cuerpos Colosales está abierto desde las seis de la mañana hasta las nueve de la noche, lo cual le facilita las cosas a cualquiera que se proponga hacer una pausa en su jornada de trabajo. Al principio, mis clases de yoga languidecían, y sólo tenía a unas pocas mujeres apuntadas. Contraté a varios entusiastas y guapos jugadores de un equipo de rugby universitario para que asistieran a las clases durante una semana. La multitud de machos recalcitrantes que hacían pesas y *tae bo*, no tardaron en ponerse a imitar lo que hacían mis guapetones para mantenerse en esa forma, y las mujeres no tardaron en coincidir en las mismas clases con esos

mismos jóvenes guapetones. Al cabo de una semana, la lista de clientes se había duplicado. Cuando los machos descubrieron lo difícil que era el yoga y vieron sus resultados, la mayoría se quedó. Y lo mismo sucedió con las mujeres.

¿No he comentado que en la facultad seguí unas cuantas asignaturas de psicología?

Así que aquí me tenéis, varios años después. Tengo treinta años y soy dueña de un negocio que va viento en popa, un negocio que me exige mucha dedicación pero que también arroja succulentos beneficios. Cambié el descapotable rojo por uno blanco porque quería rebajar un pelín mi perfil. No es apropiado que una mujer soltera que vive sola llame demasiado la atención. Además, quería un coche nuevo, adoro el olor. Sí, ya sé que podría haber comprado un Ford, o algo así, pero a Jason le daba una rabia de mil demonios que yo me paseara por la ciudad en un Mercedes descapotable, algo que él no podía hacer porque perjudicaría su imagen en la campaña electoral. Seguro que se morirá guardándome rencor por ese Mercedes. Al menos, eso espero.

En cualquier caso, yo no aparcaba el coche en el aparcamiento de los clientes frente al gimnasio porque no quería que me lo rajaran de arriba abajo. Hice construir un aparcamiento privado en la parte trasera del local para el personal, con nuestra propia entrada, mucho más accesible. Mi plaza, lo bastante ancha para que otros coches no aparcaran demasiado cerca, estaba justo frente a la puerta. Ser la dueña tiene sus privilegios. Sin embargo, ya que soy una dueña sensible, también hice instalar un techo metálico que cubre toda la parte trasera del gimnasio, de modo que pudiéramos aparcar y estar cubiertos al ir y venir de los coches. Cuando llueve, todo el mundo aprecia el detalle.

La jefa soy yo, pero no soy de las que creen que hay que delegar todo el trabajo en los empleados. Con la excepción de la plaza de aparcamiento, no tenía ningún otro privilegio especial. Bueno, supongo que firmar sus nóminas me daba una gran ventaja. Era yo quien manejaba todo el dinero y tomaba las decisiones fi-

nales, pero los trataba bien. Teníamos un bonito paquete de seguro médico que incluía cobertura dental, les pagaba un sueldo decente (además de que tenían entera libertad para dar clases particulares en sus días libres para ganar un dinero extra) y les daba vacaciones largas. Por eso no había demasiados cambios en el personal. Siempre es inevitable una cierta rotación, porque la vida cambia y la gente se va a vivir a otros lugares, y ese tipo de cosas, pero rara vez se ha dado el caso de que alguien nos haya dejado por la competencia. La continuidad del personal es buena para el negocio. A los clientes les gusta saber que conocen a sus entrenadores y profesores.

Cerrábamos a las nueve, y yo solía quedarme para cerrar y dejar a mi personal volver a casa con sus familias, o a disfrutar de la vida social o lo que fuera. Que no se tome eso como un indicio de que no tengo vida social. Es verdad que ahora no salgo tanto como solía justo después de divorciarme, pero Cuerpos Colosales me exige horarios largos y es muy importante para mí, de modo que dedico tiempo a ocuparme del negocio. Y, además, soy creativa cuando salgo con alguien. Vamos a comer, si el tipo en cuestión resulta ser no tan fantástico como pensaba, porque «comer» es finito. Nos encontramos en algún sitio, comemos y a casa. Así, si no me atrae demasiado esa persona, no tengo que rechazarla ni inventarme patéticas excusas para no invitarla a pasar un rato en casa. Salir a comer es una buena idea, desde el punto de vista de las citas. Si el tipo me gusta de verdad, entonces hay otras opciones abiertas, como una cita en toda regla después del trabajo o los domingos, cuando Cuerpos Colosales está cerrado.

En cualquier caso, esa noche en concreto —me parece haber mencionado que fui testigo de un asesinato, ¿no?—, lo cerré todo, como de costumbre. Llevaba un ligero retraso porque me había quedado ensayando mis ejercicios de gimnasia. Una nunca sabe cuándo tendrá que dar una voltereta hacia atrás. Había hecho ejercicios un buen rato hasta quedar sudada, así que después me duché y me lavé el pelo. Luego recogí mis cosas y me dirigí a la sali-

da del personal. Apagué las luces, abrí la puerta y salí al aparcamiento techado.

Un momento, voy demasiado rápido. Antes tengo que contar algo acerca de Nicole.

Nicole («llámame Nikki») Goodwin era una piedra en el zapato. Se apuntó a Cuerpos Colosales hace más o menos un año y enseguida me empezó a volver loca, aunque tardé un par de meses en darme cuenta. Nicole tenía una de esas voces aterciopeladas que hacen derretirse a los hombres. A mí por lo menos me daban ganas de estrangularla. ¿Qué tiene la voz de esas falsas Marilyn Monroe que a los hombres, al parecer, les seduce? A algunos hombres, en cualquier caso. Además, cuando hablaba, Nicole también añadía su falsa dulzura. Es un milagro que los que entrenaban con ella no anduvieran trepando por las paredes con un subidón de azúcar. Hay que agradecer que Nicole no añadiese a todo eso el numerito de enredarse el dedo en el pelo.

Pero eso es porque *yo* no lo hago, a menos que esté jugando con alguien, claro está. Normalmente, soy más profesional.

Veréis, Nicole era una imitadora. Y yo era la persona a quien imitaba.

Primero fue el pelo. Su color natural era tirando al rubio, pero al cabo de dos semanas de estar en Cuerpos Colosales, adquirió un tono rubio dorado, con reflejos pajizos. En realidad, como el mío. En ese momento no me di cuenta porque no tenía el pelo tan largo como yo. Pasó un tiempo antes de que los pequeños detalles empezaran a encajar y yo me percatara de que Nicole tenía el pelo del mismo color que el mío. Después empezó a sujetárselo con una coleta por encima de la cabeza para que no le molestara cuando hacía sus ejercicios. ¿Adivinad quién más se recogía el pelo cuando hacía ejercicio?

No suelo maquillarme demasiado cuando trabajo porque es una pérdida de tiempo. Si una chica tiene suficiente brillo personal, el maquillaje desaparece. Además, tengo buen color de tez y cejas y pestañas largas y oscuras, así que no me preocupa ir sin

nada. Sin embargo, tengo una debilidad por la crema hidratante, que le da a mi piel un brillo sutil. Nicole me preguntó qué crema usaba y yo, la muy tonta, se lo dije. Al día siguiente, la tez de Nicole lucía un brillo parecido.

Su ropa para entrenar comenzó a parecerse a la mía: leotardos y calentadores de piernas mientras estoy dentro del gimnasio, y pantalones de yoga cuando me paseo supervisando las actividades. Nicole comenzó a usar leotardos y calentadores de piernas, cuando no se ponía los pantalones de yoga y andaba por ahí saltando. Y quiero decir realmente saltando, porque no creo que llevara sujetador. Desafortunadamente, era una de esas mujeres que *sí* deberían llevarlos. Era evidente que a mis clientes masculinos (me encanta decir eso) les gustaba el espectáculo, pero a mí todo ese zangoloteo y balanceo me producía vértigo, de modo que si tenía que hablar con ella, me concentraba en mirarla a los ojos.

Al cabo de un tiempo, Nicole se compró un descapotable blanco.

No era un Mercedes, sino un Mustang, pero da igual, era blanco y descapotable. ¿Acaso había que hacer algo más para que fuera tan evidente?

Tal vez debería haberme sentido halagada, pero no. No era como si a Nicole yo le gustara y me copiara por una cuestión de admiración. Creo que me odiaba. Solía exagerar la falsa dulzura cuando hablaba conmigo, por ejemplo. En el lenguaje de Nicole, una frase como «¡Ay, cariño, tus pendientes son maravillosos!» quería decir «Me gustaría arrancártelos de las orejas y dejarte unos muñones sangrantes, zorra». En una ocasión, una cliente del gimnasio me comentó —mirando cómo se alejaba con su zangoloteo acostumbrado:

—A esa chica le gustaría cortarte el cuello, rociarte con un bidón de gasolina, prenderte fuego y dejarte tirada en la cuneta. Luego volvería y bailaría sobre tus cenizas cuando el fuego se apagara.

Como veis, no me lo estoy inventando.

Ya que estoy abierta al público, me veía prácticamente obligada a aceptar a cualquiera que quisiera ser admitido, lo cual normalmente no representaba ningún problema, aunque quizá debería haber exigido a los clientes más peludos que primero se sometieran a unas cuantas sesiones de electrólisis. Sin embargo, había una cláusula en el acuerdo que todos firmaban al apuntarse al gimnasio, de que si tres clientes se quejaban de la conducta, del comportamiento en los vestuarios o de otras transgresiones de un determinado cliente en el curso de un año natural, a esa persona el centro no le renovarían la inscripción cuando caducara el periodo contratado.

Como profesional que soy, no le habría dado a Nicole una patada en el culo sólo porque me irritaba a más no poder. Me enfurecía ser así de profesional, pero lo conseguía. Sin embargo, Nicole sistemáticamente molestaba, insultaba o cabreaba a casi todas las mujeres con que se cruzaba durante el día. Dejaba los vestuarios hechos un desastre y siempre eran las demás las que tenían que recoger. Hacía comentarios sarcásticos a otras mujeres que no estaban en la mejor de las formas y acaparaba los equipos, aunque el límite para las sesiones individuales fuera, supuestamente, de treinta minutos.

La mayoría de las quejas eran por su mala leche, pero unas cuantas mujeres se me acercaron, enfurecidas, e insistieron en presentar una queja formal. Gracias a Dios.

El número de quejas contra Nicole superaba con creces el mínimo de tres cuando su periodo caducó. Entonces pude decirle (con mucha calma, como era de esperar) que su inscripción no era renovable y que debía vaciar su casillero.

El chirrido que produjo aquella noticia debió acojonar hasta a las vacas que pastaban en el condado vecino. Me dijo que era una zorra, una puta, una fulana, y que eso era sólo para empezar. Los insultos gritados a voz en cuello fueron aumentando de volumen, hasta llamar la atención de casi todos los que en ese momento estaban en Cuerpos Colosales, y creo que habría intentado golpear-

me si no hubiera sabido que yo estaba en mejor forma que ella, y que, sin duda, le habría devuelto el golpe, pero con intereses. Al final se limitó a arrasar con todo lo que había encima del mostrador (un par de plantas con sus maceteros, fichas de inscripción para los clientes, unos cuantos bolis) y a tirarlo al suelo, y salió con grandes aspavientos con la amenaza final de que su abogado se pondría en contacto conmigo.

Perfecto. Como quisiera. No tenía ningún problema para poner a mi abogado frente al suyo. Siana era joven, pero era letal, y no le importaba entrar en el juego sucio. Eso lo hemos heredado de nuestra madre.

Las mujeres que se juntaron para presenciar la pataleta de Nicole saludaron su salida con un aplauso cerrado. En cuanto a los hombres, sólo atinaban a mirar desconcertados. Yo me cabreé, porque Nicole no había vaciado su casillero, lo cual significaba que tendría que volver a dejarla entrar para sacar sus cosas. Pensé en preguntarle a Siana si podía insistir para que Nicole dijera cuándo pasaría a vaciar sus pertenencias, y tener a un policía para que fuera testigo de que, efectivamente, sacaba todas sus cosas y para que impidiera otra pataleta.

El resto del día todo fue como una seda, de maravilla. ¡Me había librado de Nicole! Ni siquiera me importaba tener que limpiar el desastre que dejó, porque se había ido, ¡se había ido para siempre!

Vale. Hasta ahí el asunto de Nicole.

Volvamos al momento en que salía aquella noche por la puerta de atrás, etc., etc.

La farola de la esquina iluminaba el aparcamiento, pero las sombras eran alargadas. Caía una llovizna incesante y, sabiendo que la suciedad de la calle me estropearía la carrocería del coche, murmuré una palabrota. Además, empezaba a formarse una ligera niebla. Lluvia y niebla no es una buena combinación. Doy las gracias por no tener el pelo rizado, así nunca tengo que preocuparme en circunstancias como éstas.

Si alguna vez una tiene la oportunidad de ser testigo ocular de

un acontecimiento que saldrá en las noticias, al menos querrá lucir su mejor aspecto.

Acababa de cerrar la puerta con llave y, justo al girarme, me percaté del coche estacionado en una esquina al fondo del aparcamiento. Era un Mustang blanco. Así que Nicole me estaba esperando. Jooder.

Enseguida estuve alerta y me sentí ligeramente alarmada. Al fin y al cabo, ya había visto cómo se ponía de violenta. Di un paso atrás, con la espalda tocando la pared, de modo que no pudiera sorprenderme por detrás. Miré a izquierda y derecha, esperando que de pronto saliera de la oscuridad y se abalanzara sobre mí. Pero no ocurrió nada, y entonces volví a mirar hacia el Mustang, preguntándome si esperaba a que yo saliera. ¿Qué pretendía? ¿Seguirme? ¿Intentar sacarme de la carretera? ¿Ponerse a mi altura y dispararme? Tratándose de ella, no descartaba ninguna posibilidad.

Con la lluvia y la niebla, era imposible ver si había alguien al volante del Mustang, pero entonces discerní una figura al otro lado del coche, y vi una cabellera rubia. Busqué el móvil en mi bolso y lo encendí. Si daba un paso en mi dirección, llamaría al 911.

Vi que la figura junto al Mustang se movía y daba unos pasos inciertos. Una segunda sombra, más grande y oscura, se separó de Nicole. Un hombre. Joder, había venido con alguien para darme una paliza.

Marqué el 9 y el primer 1.

Una fuerte petardazo me hizo saltar casi medio metro, y mi primera sospecha fue que había estallado un relámpago en las cercanías. Pero no hubo ningún destello enceguecedor ni trueno que hiciera temblar el suelo. Entonces supe que el ruido venía, probablemente, de un disparo, y que el blanco era yo. Solté un chillido apagado de pánico, me dejé caer al suelo y me quedé a cuatro patas. En realidad, intentaba gritar, pero lo único que salía de mi boca era ese ruido de Minnie Mouse, que me habría avergonzado si no hubiera estado muerta de miedo. Nicole no había venido con un matón sino con un francotirador.

Se me había caído el móvil, y en la oscuridad no podía verlo. Tampoco me ayudaba mucho el hecho de mirar frenéticamente a mi alrededor, de manera que no tuve ni un momento para buscar el móvil. Desplacé la mano sobre el pavimento, intentando localizarlo. Joder, ¿qué pasaría si el tipo se acercaba a confirmar si me había dado con el primer disparo? Quiero decir, me había lanzado al suelo, por lo cual era razonable pensar que me habían dado. ¿Debía quedarme tendida fingiendo que estaba muerta? ¿Arrastrarme hasta quedar debajo del coche? ¿Intentar volver adentro y cerrar la puerta con llave?

Oí que un coche se ponía en marcha y alcancé a mirar justo cuando un sedán oscuro de cuatro puertas se alejaba por una calle lateral estrecha. Desapareció de mi campo visual cuando siguió a lo largo del edificio. Oí que ralentizaba al llegar a la esquina, se detenía en Parker, la calle grande de cuatro carriles que cruza, y luego arrancaba y se integraba al escaso flujo del tráfico. No supe hacia dónde había girado.

¿Era el francotirador? Si había alguien más en el aparcamiento, seguro que había oído el disparo y, por lo tanto, no habría cogido el coche y partido con tanta calma. El único conductor que conservaría la calma sería el francotirador, ¿no? Cualquier otra persona habría salido de ahí a toda pastilla, que era lo que yo quería hacer desesperadamente.

Era típico de Nicole contratar a un francotirador del tres al cuarto. El tipo ni siquiera se había cerciorado de que yo estaba muerta. Pero, si el francotirador había escapado, ¿dónde estaba Nicole? Esperé y agucé el oído, pero no oí pasos ni el ruido de un Mustang poniéndose en marcha.

Me tendí de lleno boca abajo y miré, semioculta, tras las ruedas delanteras. El Mustang blanco seguía estacionado en el aparcamiento, pero no había ni rastro de Nicole.

Tampoco había ningún transeúnte que se hubiera acercado rápidamente a ver si había algún herido. Cuerpos Colosales estaba situado en un buen barrio, con pequeñas tiendas y restaurantes en

las inmediaciones, pero no había viviendas, y las tiendas y restaurantes servían sobre todo a las empresas de los alrededores, de modo que todos los restaurantes cerraban a las seis, y las tiendas lo hacían no mucho más tarde. Si a un cliente que saliera de Cuerpos Colosales después de esa hora le apetecía un bocadillo, el lugar más cercano quedaba a unas cinco manzanas. Hasta ese momento, no me había dado cuenta de lo aislado que quedaba el aparcamiento del personal a la hora del cierre.

Nadie más había oído el disparo. Estaba sola.

Tenía dos posibilidades. Llevaba las llaves del coche en el bolsillo. Siempre en dos llaveros, porque la cantidad de llaves que necesitaba en el gimnasio hacía que el llavero abultara demasiado y era incómodo cuando salía a hacer diligencias o iba de compras. Así que podía encontrar las llaves de mi coche en un momento, abrir el coche con el mando y meterme dentro antes de que Nicole llegara hasta donde yo estaba. A menos que me estuviera esperando al otro lado del coche, lo cual pensé improbable, aunque todo era posible. Sin embargo, un coche, sobre todo un descapotable, no parecía lo bastante solido como para mantener a raya a una psicópata imitadora. ¿Qué pasaría si era ella quien tenía el arma? Un descapotable no pararía una bala.

Mi segunda posibilidad era buscar el llavero grande del gimnasio en el bolso, palpar hasta encontrar la llave de la puerta, abrirla y refugiarme dentro. Eso me llevaría más tiempo, pero estaría mucho más segura detrás de una puerta cerrada.

Supongo que había una tercera opción, que consistía en dar con Nicole e intentar tomarla por sorpresa, cosa que quizás habría intentado de estar segura de que no tenía el arma. Y como no estaba segura, no tenía intención alguna de hacerme la heroína. Que sea rubia no significa que sea tonta.

Además, ese tipo de peleas te deja al menos dos uñas rotas. Es un dato tomado de la realidad.

Así que busqué en mi bolso hasta encontrar las llaves. El llavero tenía una de esas cosas en el medio que impiden que las lla-

ves den toda la vuelta a la anilla, así que siempre estaban en el mismo orden. La llave de la puerta era la primera a la izquierda del chisme del medio. La cogí bien cogida y luego, avanzando a rastras, volví hasta la puerta. Es un movimiento realmente ridículo, pero un excelente ejercicio para los muslos y las nalgas.

Nadie se abalanzó sobre mí. No se oía ruido alguno, excepto el murmullo a lo lejos del escaso tráfico en la avenida Parker. De alguna manera, aquello daba más miedo que si de pronto Nicole se hubiera abalanzado sobre mí desde el techo del coche lanzando un aullido. Tampoco pensaba que Nicole pudiera saltar tanto, a menos que su destreza gimnástica fuera mucho, mucho más apurada de lo que había dado a entender. Yo sabía que eso no podía ser, sencillamente porque era la típica presumida que habría fardado de ello. Ni siquiera sabía hacer un «split» y, si hubiera tenido que hacer una voltereta hacia atrás, el peso de sus tetas la habría hecho aterrizar de cara.

Dios mío, ¡cómo me habría gustado que hubiera intentado la voltereta al menos una vez!

Las manos me temblaban, sólo un poco. Vale, me temblaban más que un poco, pero conseguí abrir la puerta al primer intento. Me deslicé como una bala por la abertura y, la verdad, desearía haber abierto un par de centímetros más porque me magullé el brazo contra el marco de la puerta. Pero ya había entrado y cerré de un portazo, pasé el cerrojo y me alejé de la entrada a rastras por si disparaba a través de la puerta.

Siempre dejo encendidas un par de bombillas de bajo consumo por la noche, pero las dos están en la parte delantera del edificio. El interruptor de la luz del pasillo trasero estaba junto a la puerta, como es natural, y yo ni pensaba en acercarme tanto a la salida. Como no podía ver por dónde iba, seguí arrastrándome por el pasillo, calculando que pasaba por el lavabo de mujeres del personal (el de los hombres estaba al otro lado del pasillo), luego la sala de descanso y, finalmente, llegué a la tercera puerta, la de mi despacho.

Me sentía como el tío que ha bateado y llega a la última base con una arrastrada final. ¡Salvada!

Ahora que tenía paredes y puertas cerradas que me separaban de esa zorra loca, me incorporé y encendí las luces del techo, cogí el teléfono y marqué furiosamente el 911. Si creía que no iba a demandarla por aquello, había subestimado gravemente lo cabreada que estaba.